



Borges y la duda como elemento de juicio

Gastón E. Giribet

Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas

y Universidad de Buenos Aires

Buenos Aires, Argentina

gaston@iafe.uba.ar

Resumen

En este artículo se presenta una breve digresión acerca de ciertos aspectos propios de la imagen del tiempo que Jorge Luis Borges nos brinda en su constante referencia a las historias múltiples coexistentes. Se ensaya como tesis que la aparición recurrente de la duda en el relato se yergue como el recurso literario que salva a la historia del implacable juicio de la razón.

¿Desde dónde nos habla Borges cuando nos habla del tiempo?

Borges nos brinda una imagen del tiempo; él nos presenta la imagen de una red de tiempos alternativos que confluyen, se bifurcan o quizás se entrelazan sin tocarse jamás; una imagen que en principio nos cobija y contempla, en cuanto nos ubica en un sendero que por la arbitrariedad y la completitud del Universo viene a ser el nuestro.

Y es en el instante en el que experimentamos la inserción de nuestra imagen en el cuadro que esta visión del tiempo nos brinda cuando reconocemos verdaderamente el precio que Borges debió pagar por legarnos su visión. Es este precio el que Schrödinger reconoce como el que se debe pagar cuando se pretende obtener una imagen moderadamente satisfactoria del mundo: extraer de él el yo¹. Borges, así, se extrajo a sí mismo al construir su imagen del mundo material. Él se excluyó a sí mismo del mundo, del tiempo; hizo esto al ubicarse en el papel del bibliotecario omnisciente, del testigo privilegiado que se deleita con asistir a las congruencias y bifurcaciones de los caminos, que se deleita con reconocer todos los senderos como propios e igualmente reales.

Es Borges el espectador que ve aunarse los senderos, fundirse éstos entre sí y volver a bifurcarse en una red infinita; es quien siente miedo de referir a falsos recuerdos, de citar nombres apócrifos, miedo que es la manifestación de ese precio a pagar por ser testigo privilegiado de un proceso que, como él mismo nos dice, es inaccesible a los hombres.

Borges nos propone que es superflua esa imposibilidad de Dios para cambiar el pasado, porque es suficiente cambiar una remota imagen del pasado o escribir una nueva página sin desechar la anterior para crear una realidad paralela o congruente en la que Patricio Gannon considere innecesario traducir a Emerson al castellano²; porque es suficiente escribir una nueva página sin desechar la anterior para hacer posible un viaje al sur que nos lleve a morir en el pasado³.

Él contempla desde su universo, desde la biblioteca en la que todo está escrito, y es real por cuanto está escrito. Borges, el que recorre los senderos del jardín, privilegiado testigo consciente de las bifurcaciones de los senderos.

¿Desde dónde nos habla Borges cuando nos habla del tiempo? Él comparte el jardín de los senderos que se bifurcan con nosotros, pero lo hace desde allí, desde atrás del cristal que, según él nos cuenta, separa lo que vive en el tiempo de lo que vive en la eternidad.

Pero no es exacto creer que las imágenes del pasado, y por su calidad de reales, reemplacen a los sucesos mismos. Necesita un recuerdo ser borroso, una imagen de la memoria sentirse remota para ser germen de un nuevo sendero que se abre en la infinita trama de tiempos. Las bifurcaciones se nos hacen evidentes en la instancia en la cual el recuerdo se vuelve sombra. Este hecho le otorga al Universo de Borges el elemento de realidad.

De esta manera, la confluencia de los senderos y las bifurcaciones de las historias llegan a nosotros en las últimas horas. Es por esto que estas bifurcaciones y fusiones de los caminos son accesibles para las sombras de los moribundos, que en cuanto sombras y recuerdos borrosos nos salvan del corcoveo de la lógica.

Concebir toda página escrita como real lleva consigo una pesada implicancia: debemos enfrentar, así, el problema de concebir el carácter real de todo lo escrito, aún cuando dé cuentas de alguno de los temidos escándalos de la razón. Borges elude este problema sabiamente: lo hace recurriendo a su duda, al hecho de dudar de los recuerdos, los nombres y los rostros. Entendemos, así, que esta duda es también una manifestación del precio que Borges ha pagado por su imagen del tiempo. El tiempo todo lo borra y lo transfigura; consciente de ello soslaya el peligro de violar las condiciones de contorno que la razón nos dicta.

Al igual que nos tranquiliza la fe en la existencia de infinitos diccionarios que en remotos hexágonos⁴ nos permiten descubrir La Ilíada tras cualquier combinación caótica de símbolos, debe tranquilizarnos saber que de todo remoto recuerdo puede dudarse. Así, para Borges, lo remoto viene a salvarnos de lo absurdo. La duda se convierte, así, en su único y débil nexo con la realidad.

Borges les ha regalado su imagen del tiempo a los Hombres, lo hizo cuando descifró el enigma de Ts'ui Pên⁵. Por hacer esto se condenó a la eternidad, se recurrió en la atemporalidad de los hexágonos.

Notas:

[1] I. Prigogine, Opiniones de un renacentista contemporáneo, entrevista realizada a Illya Prigogine, 1988.

[2] J.L. Borges, La otra muerte, *el Aleph*, 1957.

[3] J.L. Borges, El sur, *Ficciones*, 1998 reEd.

[4] J.L. Borges, La biblioteca de Babel, *Ficciones*, 1998 reEd.

[5] J.L. Borges, El jardín de los senderos que se bifurcan,
Ficciones, 1998 reEd.

© Gastón E. Giribet 2002

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de
Madrid

El URL de este documento es

<http://www.ucm.es/info/especulo/numero21/duda.html>

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo